

Batallas: Salamanca, Ahualuleo, Puente de Tololotlán, San Joaquín y Calamanda; Estancia de las Vacas, Loma Alta, Silao, Orizaba, Defensa de Puebla, ataques á Matamoros. Más batallas: Doctor Arroyo y Santa Gertudis, y Campañas; de Zichú, Durango, Nuevo León y Tamaulipas, Michoacán y Huasteca Veracruzana.

Creo con ésto, General, haber mostrado á vd. el busto y llamado su atención acerca de las proporciones, el conjunto y los tamaños, para probarle que son justos. Por lo que á parecido pueda importar, no es á vd. á quien consulto, sino á los visitantes de mi galería, y serán ellos los que digan si los rasgos fisonómicos de vd., quedaron sorprendidos y estampados bien sobre el esbozo y á ellos hablo:

—El Sr. General Flores, comprende y habla todos los idiomas.

No me consta que gramaticalmente los conozca, ni que, como Roque Barcia, los posea por raíces; pero sí me consta que cuando he tenido la honra de ofrecerle una copita, me responde *pas oncere*, lo he oído hablar también el Italiano, el Griego, el Arabe, el Inglés (pocas frases de cada uno); pero el ruso sí completo. Recuerdo, hasta que, llegó á fundar el Club de «Moscovitas.» Por más que ésto nada pruebe.

No habla el General, jamás de sus combates. Pero, salvo en lo de esta enfermedad endémica é incurable de los militares viejos, en lo demás el General Alonso Flores es como los de sangre pura: jovial, alegre, decididor y franco.

Caballeroso hombre de honor, es buen testigo en lances serios.

De esa prueba suprema; de esa tentación irresistible para muchos, las que, la Intervención y el Gobierno de Maximiliano marcaron en la frente á los desleales; de esa prueba, digo, salió ileso el General.

El General Flores, es, inmaculado.

Le admiro muchas prendas y le envidio algunos actos: el de la bandera; los de sus heridas, el de su esforzada marcha á campo de desierto..... muchos; pero ninguno, ni en ocasión ninguna tanto, como cuando le ví mandando la columna, que en Ecatepec hizo los honores á la memoria y monumentos del Generalísimo Morelos, Redentor y primer Presidente de la República de México.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

GENERAL D. Gaspar Sánchez Ochoa.

No hay retrato á la pluma que sea tan facil de hacer, como el de este antiguo soldado.

Su fisonomía es sólo una. Su continente es siempre militar. Sus hechos militares son los únicos rasgos de su vida. La perfilan. Sólo tuvo un entusiasmo, un arranque y un amor: fué todo esto por la Patria. Abrazó la causa de ésta siendo un niño con la inquebrantable fe de un cruzado.

Cuando joven fué ya un heroe y siendo joven fué General.

No se encuentran ya en nuestros días carreras militares tan brillantes y tan rápidamente hechas como las de los soldados de la Reforma; *pero en la guerra se envejece pronto: los Generales los hace la victoria.*

Natural es que hoy que no hay arena sobre que alcanzar victorias no se encuentren jóvenes envejecidos, caldeados por la guerra y ungidos por la victoria; cada uno de los hechos de armas de Sánchez Ochoa, consignados en su hoja de servicios, concisa y sóbriamente señalados como con buril en lámina de oro, con la rigidez y el corte severo de un bordado de hojas de laurel, serían, serían y han sido asunto y argumento de novela, de historia y de romance. San Javier, Pitimíní, El Fuerte de Ingenieros, San Agustín, imperecedero teatro de las glorias patrias y donde, como á virtud de un *fiat* y como de un cosmos de luz se conformaron astros, recuerdan aún con noble orgullo al bizarro adolescente que entre los escombros de la demolición á veces, y con el quepí al viento en otras y vitoreando á México, seguía corriendo tras las bombas que rodaban á las plantas de grupo de valientes, entre los que como siempre, se encontraba Rocha.

«La Cordelliere» en Mazatlán, moralmente es algo tan increíble y estupendo como reto hecho á los dioses, como demencias de Orlando. La defensa á Matehuala de 400 contra 2,000 cuya terquedad cuenta por meses, evidentemente prueba que la saguntina, numantina y gloriosa sangre de los Buenos mereció correr unida, fundida en una y abrasada en fuego, por las venas de los Cuahutemoc.

Sánchez Ochoa es un chafado á la antigua; desposado eterno de un ideal, cree en él y adora en la Patria.

Abrazó las armas como quien profesa un voto, y como conservando, como cumpliendo la pureza antigua de las ordenanzas reales, se conserva célibe.

La paz para él es ostracismo de la guerra. Den-

tro de ésta y fuera de ella, fué implacable camorrista. Los interminables descansos de la paz los consagraba al duelo.

Se ejerció por mucho tiempo en este singular combate de los siglos medios..... Sus costumbres de hoy son ya distintas: habita él solo en un cuarto de Iturbide que tiene vista al Oriente; no se sabe en qué emplea el tiempo desde que la luz comienza á meterse hasta el amanecer del otro día, pero al romper el alba monta á caballo,—visitaba antiguamente, ahora ya no, el Colegio de Chapultepec por el que tenía pasión y cariño—recorre hoy galopando la Reforma y campo traviesa; desayuna á las nueve, entra á Palacio, se encierra en un despacho de cristales apagados (que irremisiblemente se hace construir) da su acuerdo, echa sus firmas, revisa, opina, estudia y de vez en cuando conversa; á la una de la tarde se retira y va á comer,—siempre á Iturbide,—su paladar se amolda á la sazón y estilo de los hosteleros que como sinapismos van cambiándose y traspasan el viejo Restaurant; reposa la comida, se dirige á casa de Sarre, platica con él hasta que comienza á caer la tarde y se encierra en compañía de él solo, en el cuarto del Hotel; viste siempre paño azul, intriga con su sastrero para transgredir la moda é imprimir dibujo y corte militar á las prendas de su ropa; si la ordenanza entorna los ojos, si se descuida un punto vereis al General plantarse la faja sobre su chaleco (me parece que ahora ya no) el quepí festoneado de laureles, acicates, y en levita de paisano—azul obscuro—botones de oro más brillantes que libras esterlinas ó que las onzas de ese metal.

No concurre nunca á banquetes, es sobrio, conducta irreprochable y muy cabal y hombre de honor.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

SEÑOR GENERAL Ignacio Escudero.

El Gral. Escudero, que es un hombre afabilísimo y de flexible y amplio talento, es además, no sólo buen militar, conocedor del ramo y hombre de combate, sino ciudadano distinguido, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo.

Su carrera militar empieza en época distante, y su primera clase fué la de sargento; desde ella y con singular empuje, denuedo y patriotismo ha llegado á la última en que se encuentra, de Oficial Mayor de Guerra.—Subsecretario del Ramo—y sin que en su hoja de servicios falten ó escaseen combates y deje de encontrarse alguna vez acciones distinguidas; rayana alguna de ellas, del heroísmo.

Sus combates con Miramón y con Martínez; su retirada con Vidaurri y la salvación del Sr. Juárez á él debida, serían bastante cosa para dar reputación á un hombre de guerra, y acreditar de bueno á todo soldado.

El General, es escritor: escribió ha no mucho tiempo la biografía del Presidente, y es autor de las Memorias últimas de Guerra, de los últimos toques dados á algunas obras reglamentarias militares, y de muy buenos artículos, reputados tales, por los técnicos.

Su literatura es fácil y florida y como la francesa, trata en serio lo ligero; y ligeramente lo formal.

Desde Comandante (diríase ahora Mayor) sus ascensos los ganó y obtuvo sobre el campo. No es soldado de salón; pero su especialidad está en el gabinete. Con el mapa, el telégrafo y con su memoria; su memoria prodigiosa, es cuestión, y nada más que, de minutos una campaña.

Cuando se ocupó la prensa de la Capital, y no la prensa, sino el telégrafo del público, de la aparición por la Frontera, de unos sublevados, bandoleros, qué se yo; del revoltoso Garza; cuando aquí se supo, digo, se sabía en el Ministerio, se tenía noticia, y se tenían las partes de la dispersión y puesta en fuga; de la repasada ya del «Bravo» de los insurrectos.

Se acabó una caballada; pero desde que apareció un bandido en la frontera hasta que arrojados, batidos, acosados, se precipitaron al Río Bravo todos ellos, los pocos que quedaron, no dió punto de reposo, ni bajó un instante de la silla soldado alguno de la zona.

Salvo el General Porfirio Díaz, que en este género de guerra, la del mapa, es incomparable; el General Manuel González, y el Sr. General Rocha, nosotros no conocemos, uno que á Escudero sobrepuje.

De Jefferson se dice que cuando no podía coser ya sus zapatos, guardó sus útiles como reliquia, y se complacía mirándolos, en recordar sus tiempos de hombre, en los que no se sentía aún estremecido por la inspiración y el genio.

Como el autor del puente sobre el Támesis, nuestro General conserva en casa y en su gabinete, los utensilios de la *limpia*, de sus buenos tiempos de soldado.

Algunos subscriptores que no remitieron sus
APUNTAMIENTOS NI RETRATOS.

Cuando nuestros agentes recorrieron casi toda la República en demanda de subscripciones, re-

